

Otra Reflexión para este domingo:

Durante las últimas semanas, hemos visto algo raro en nuestro país, gente esperando horas y horas para votar en las elecciones. Es bien raro ver la paciencia que tuvo la gente en su deseo de votar. Generalmente buscamos respuestas inmediatas, soluciones instantes, resultados que no tarden en llegar. Queremos comida rápida en vez de invertir tiempo en la preparación de platos ricos. Queremos información del Internet en vez de un entendimiento que viene después de leer y considerar varios aspectos de un problema. Nos molesta si estamos detrás de un camión que va lentamente en el camino. Vemos a gente gritando si tienen que hacer cola en el supermercado. ¡No nos gusta esperar! Pero vemos en las lecturas de hoy que Dios no se apura en cumplir su voluntad.

La *primera lectura nos habla de sabiduría*, diciendo que ella es radiante e incorruptible. *Dice que la sabiduría consiste en saber lo importante en la vida y la determinación de conseguirla a pesar de dificultades*. Pensamos en la gente que ha venido a este país por la seguridad de sus hijos; en jóvenes que se sacrifican por estudiar en una universidad; en inmigrantes que trabajan día y noche para mandar dinero a sus familiares en otro país; en padres de familia que se aceptan trabajos peligrosos por mantener a su familia. Ellos saben que lo importante es el bien de otros y tienen la paciencia de seguir fiel día tras día, mes tras mes, año tras año. *La sabiduría precisa paciencia*.

El *Evangelio nos habla de un matrimonio*, símbolo de un tiempo de alegría y cumplimiento. Todas las jóvenes en la parábola estaban listas para la llegada inmediata del esposo. Todas tenían sus lámparas para alumbrar el camino, pero cinco de ellas no estaban preparadas para la larga espera. Cuando por fin llegó el esposo, las descuidadas tenían que buscar aceite y perdieron la entrada a la fiesta. Escuchamos las palabras de Jesús, *“Esten preparados porque no saben ni el día ni la hora”*.

En toda la historia del pueblo de Dios, la promesa de Dios era clara, una promesa de bendición, de abundancia y de paz. La paz no consistía solamente en la ausencia de guerra, sino en todo lo necesaria para que el pueblo pudiera vivir bien. Pero a través de la historia, las acciones del pueblo impedían el cumplimiento de la promesa. Sin embargo, ni el pecado de los hombres ni su indiferencia pudo cambiar el deseo de Dios de bendecir al pueblo. Necesitamos la sabiduría de ver la fidelidad de Dios en medio de todas nuestras distracciones.

Esta promesa de Dios sigue hasta nuestro tiempo, promesa de bendiciones, de abundancia y de paz. Pero seguimos en el mismo pecado de los que se dedican a la avaricia y el egoísmo. *Necesitamos la sabiduría de entender que Dios es fiel*, pero debemos estar preparando el camino. *Nuestras lámparas deben estar llenas de buenas obras, de compartir, de generosidad y de sacrificio*. Dios viene según su promesa, pero la espera es larga. *No debemos desanimarnos en el camino*.

Sr. Kathleen Maire, OSF